

CAPITULO V

LA HERENCIA DE LOS SENTIMIENTOS Y DE LAS PASIONES

I

Se podría demostrar, si hubiese lugar, que los diversos modos de la sensibilidad, por vagos que parezcan, son lo que hay en nosotros de más profundo y de más tenaz; que es por los sentimientos, y no por la inteligencia, por lo que se produce en nosotros todo cambio duradero, bueno ó malo, normal ó morboso. Limitémonos á hacer notar que están tan íntimamente ligados á los órganos y á la constitución entera, que es natural suponer *a priori* que la herencia los trasmite. Vamos á ver que la experiencia comprueba esta hipótesis.

Pero no deja de tener interés el examinar primeramente la cuestión del exterior. Los sentimientos, por lo menos los más sencillos y los más vivos, tienen sus modos naturales de expresión; es decir, que los estados de conciencia, que designamos bajo este nombre, van acompañados de descargas nerviosas que se traducen en movimientos, secreciones y otros fenómenos fisiológicos de una naturaleza determinada. En su gran trabajo sobre la expresión de las emociones, Darwin ha

hecho sobresalir muchas veces al papel de la herencia, anotando muchas expresiones, actualmente innatas, como resultado de una fijación hereditaria, y muchas expresiones, sin valor actual para el individuo, como supervivencias.

«Los principales actos de la expresión, en el hombre y en los animales, son innatos ó hereditarios, es decir, que no son un producto de la educación del individuo; esta es una verdad universalmente reconocida. El papel de la educación ó de la imitación está restringido de tal modo por muchos de estos actos, que se susstraen enteramente á nuestra inspección, desde los primeros días de nuestra vida, y durante toda su existencia; por ejemplo, el rubor, la aceleración de los latidos del corazón durante la cólera. Se puede ver á niños, de dos ó tres años apenas, ruborizarse de confusión, aun los que son ciegos de nacimiento..... La herencia de nuestros actos expresivos explica cómo los ciegos de nacimiento pueden ejecutarlos lo mismo que las personas dotadas de vista. Podemos también por esto darnos cuenta del hecho de que, jóvenes y viejos, en las razas más diversas, lo mismo en el hombre que en los animales, expresen los mismos estados del espíritu por movimientos idénticos.....

«En nuestra propia especie, cuando consideramos ciertos gestos que nos hemos acostumbrado á considerar, no como instintivos, sino como el producto de un convenio, caemos en una sorpresa quizá excesiva al reconocer que son innatos. Tal es el acto de alzar los hombros en señal de impotencia, ó de levantar los brazos, abriendo las manos y extendiendo los dedos en señal de asombro. Podemos deducir la herencia de estos gestos y de otros más viéndolos ejecutar por niños de poca edad, por ciegos de nacimiento y por las razas humanas más diversas. Hay que recordar también que se ha visto producirse en ciertos individuos y transmitirse á sus descendientes, á veces saltando muchas ge-

neraciones, ciertos gestos nuevos asociados á ciertos estados de espíritu determinados (1).

Un cierto número de otros gestos, que parecen innatos, son probablemente aprendidos, como las palabras del lenguaje; por ejemplo, el que consiste en elevar las manos juntas y en dirigir los ojos al cielo cuando se está rezando..... No es perfectamente evidente que el hábito de inclinar ó de mover la cabeza, para afirmar ó negar, sea hereditario, porque no está universalmente repartido. Sin embargo, es demasiado general para que se pueda pensar que se ha adquirido aisladamente por cada uno de los individuos de un número tan grande de razas (2).

El lector encontrará en el libro de Darwin, en apoyo de estas conclusiones generales, un cierto número de hechos sobre el modo de expresión del dolor, del placer, de la cólera (3).

Se podrá decir que todo esto es un legado fisiológico más bien que psicológico; pero si se reflexiona sobre ello, se comprenderá su importancia directa para nues-

(1) En esa misma obra (p. 287 de la trad. franc.), Darwin cuenta el hecho siguiente: se sabe que los ingleses se encogen mucho menos de hombros que los franceses ó los italianos, y que los niños ingleses muy pequeños no lo hacen nunca. Se observó este gesto en una niña de dieciséis á dieciocho meses, lo que provocó esta exclamación de su madre: «Mirad esta francesita, que se encoge de hombros!» Esta niña era hija de padres ingleses; pero su abuelo era parisién. Se le parecía en mucho, y tenía de común con él un gesto particular que Darwin describe. Este hábito desapareció gradualment.

(2) Darwin, *De l'expression des émotions*, trad. franc., p. 381 y siguientes.

(3) Páginas 165, 197, 198, 243, 227, 333, 337, 338, 373. «La facultad de actuar fácilmente sobre los músculos del dolor parece ser hereditaria, como casi todas las facultades humanas. Una mujer, perteneciente á una familia célebre por el número considerable de actores y actrices renombrados que ha producido, y que sabe ella misma representar la expresión del dolor con una precisión singular, ha contado al Dr. Crichton Browne que todos sus antepasados habían poseído esta misma facultad en un grado notable. Parece también que el último descendiente de la familia, que ha inspirado la novela de W. Scott, *Redgauntlet*, ha heredado esta misma tendencia de raza.» (*Ibid*, p. 197.)

tro asunto. De los modos de expresión actuales nos remontamos á los modos de expresión del pasado, de los que solo son el resultado orgánico. Así tenemos alguna luz sobre los sentimientos primitivos de la animalidad. Vemos sobre todo lo que la herencia acumula y forma en nosotros: y en cualquier modo de expresión, el más vulgar, el más universalmente extendido en la especie humana, podemos encontrar la marca indeleble de generaciones innumerables que le han hecho tal como es y que han trabajado de una manera inconsciente en fijarlos para siempre.

Por lo demás, vamos á estudiar la herencia de los sentimientos tomados en sí mismos.

II.

Nos reduciremos á no citar más que sus hechos salientes, es decir, las pasiones bastante violentas ó bastante extrañas para que la medicina, la historia, ó la justicia se hayan ocupado de ellas; pero cada cual, reuniendo sus recuerdos verá fácilmente que ciertas maneras de sentir y por consiguiente de obrar, pueden conservarse hereditariamente en las familias más oscuras.

Primeramente, en los animales, la trasmisión de los rasgos del carácter individual es un hecho tan común, tan comprobado, que podríamos prescindir de ejemplos. «Un caballo de natural asustadizo, sombrío, rebelde, dice Buffon, produce potros que tienen el mismo natural.» Todos los ganaderos y jefes de yegadas han hecho observaciones análogas con respecto á los caballos padres.

«La herencia, dice Girou de Buzareingues, puede extenderse en los animales hasta con las disposiciones más extrañas. Un perro de caza cogido en la lactancia y criado lejos de su padre y de su madre era de una terquedad incorregible, y, cosa rara, temía, hasta el

punto de no cazar, la explosión de la pólvora, que excita tanto ardor en los otros perros. A la sorpresa que mostraba por esto una persona, se le respondió: «No hay nada más natural, su padre era así.»

En el cruzamiento de las razas y de las especies, la trasmisión de los caracteres no es menos chocante. Hemos visto en el cruzamiento del cerdo y el jabalí, del lobo y del perro, que una parte de los hijos heredaban instintos salvajes, otra instintos domésticos. Girou ha observado hechos análogos en el cruzamiento de las diversas razas de perros y gatos (1).

Recordemos, por último, el hecho citado por Laycock, con motivo de los caballos, que se ha referido algunas páginas atrás (2) al tratar de la herencia del olfato.

La herencia de las inclinaciones, de los instintos y de las pasiones en los animales es una demostración perfecta de esta forma de la herencia en el hombre, porque nos desembaraza de todas las explicaciones superficiales, sacadas del influjo de la educación, del ejemplo, de la fuerza del hábito, de las causas exteriores con las cuales se ha creído poder reemplazar á la herencia.

Si pasamos al hombre, los primeros fenómenos afectivos que se nos ofrecen son los de la *sensibilidad orgánica* ó *cenestesia*, que es una especie de tacto interno, el cual nos advierte del estado de nuestros órganos, de la tensión de nuestros músculos y de cualquier esfuerzo muscular en general, del estado de cansancio, de voluptuosidad, etc... Este sentimiento general de la exis-

(1) Girou, *De la génération*, 120 á 125.

(2) El mismo autor (p. 21) cuenta el caso de un terror hereditario en la familia de Breuster. «Este célebre físico tuvo toda su vida un miedo extraño de ahogarse. Ha creído siempre que debía perecer de esta manera: de este temor han participado muchos de sus descendientes, hasta cuando eran demasiado jóvenes para saber que otros habían tenido este temor.» Véase también Schneider, p. 417.

tencia, este *Gemeingefühl*, es el resultado de un número infinito de pequeñas sensaciones internas que provienen de los nervios, de los músculos, de la circulación, de la nutrición, en una palabra, de todas las funciones cuyo conjunto constituye lo que llamamos nuestro modo de ser.

No puede dudarse que la herencia trasmite estos modos afectivos, y es probablemente aquí donde hay que buscar el origen verdadero de todas las semejanzas de carácter. Pero estos estados internos tienen un aspecto tan vago, que apenas es posible comprobar su trasmisión. Creemos, sin embargo, que la herencia de ciertas inclinaciones, instintos ó repugnancias extrañas, se debe referir á estos modos inconscientes, que son la base de toda conciencia y de todo pensamiento.

Así los autores hablan de familias, en las cuales la más ligera dosis de opio producen un estado convulsivo. Zimmermann cita una en que el influjo del café disponía al sueño; producía sobre ella el efecto del opio, y éste, por el contrario, no tenía acción sobre ella. Otras familias soportan muy mal los vomitivos, otras los purgantes y otras las sangrías.

Montaigne, á quien ha preocupado la cuestión de la herencia, porque heredaba de su familia una afección calculosa, había también heredado de ella una antipatía invencible hacia la medicina. «Esta antipatía que tengo á su arte (el de los médicos) es hereditaria. Mi padre ha vivido setenta y cuatro años, mi abuelo sesenta y nueve, mi bisabuelo cerca de ochenta, sin haber probado ninguna clase de medicinas, y entre ellos todo lo que no era de uso ordinario hacía oficio de droga. Mis antepasados tenían repugnancia á la medicina por alguna inclinación oculta y natural, porque sólo la vista de las drogas horrorizaba á mi padre. El señor de Gerviac, mi tío paterno, hombre de iglesia, enfermizo desde su nacimiento, y que, sin embargo, hizo durar esta débil vida hasta sesenta y siete años, habiendo

caído en una grande y fuerte fiebre continua, ordenaron los médicos se le dijese que si no quería ayudar, estaba infaliblemente muerto. Este pobre hombre, aún asustado, como lo fué, por esta horrible sentencia, dijo sin embargo: Entonces soy muerto. Pero Dios poco después hizo vano este pronóstico. Es posible que yo haya recibido de ellos esa antipatía natural á la medicina (1).»

Cuando se pasa de las sensaciones orgánicas repartidas por todo el cuerpo á las necesidades é inclinaciones que tienen asiento en un órgano especial, es fácil poner ejemplos ciertos de pasiones transmitidas hereditariamente: esto es lo que vamos á ver para las tres principales necesidades físicas: la sed, el hambre y el apetito sexual.

La pasión conocida bajo el nombre de dipsomanía ó alcoholismo se transmite tan frecuentemente que todo el mundo está de acuerdo en considerar su herencia como la regla! No es que la pasión de beber se transmita siempre bajo esta forma á los descendientes, sino que á veces degenera en manía, idiotismo, alucinación. Igualmente la locura de los ascendientes puede convertirse en alcoholismo en los descendientes. Nada más propio que esta incesante metamorfosis para hacer ver cuánto se aproxima la pasión á la locura, para mostrar por qué lazos íntimos se unen todas las generaciones, y, por consiguiente, qué responsabilidad pesa sobre cada uno de nosotros. «Uno de los efectos frecuentes del alcoholismo, dice Magnus Huss, es la atrofia parcial ó general del cerebro: este órgano disminuye hasta el punto de no llenar la caja ósea, de aquí una degeneración mental que, en los niños, produce locos ó idiotas.»

Gall habla de una familia rusa en que el padre y el abuelo habían muerto prematuramente víctimas de su

(1) Montaigne, *Essai* II, 37.

inclinación por los licores fuertes; el nieto, desde la edad de cinco años, manifestaba el mismo gusto en el más alto grado.

Girou de Buzareingues dice que conoce muchas familias en que el gusto de la embriaguez se ha transmitido por las madres.

En nuestros días, Magnus Huss y Morel han recogido tantos hechos sobre la herencia del alcoholismo, que no hay más que elegir.

Un hombre dado á las bebidas alcohólicas tiene un hijo que desde la infancia mostró los instintos más crueles. Obligado á alistarse, vendió sus efectos militares para procurarse aguardiente, y sólo se sustrajo á la pena de muerte por los informes de los médicos que probaron la irresistibilidad de la inclinación. Entró en una prisión para morir allí de una parálisis general.

Otro se da muy pronto á la bebida y muere de alcoholismo crónico, dejando siete hijos, cuya historia va á continuación. Los dos primeros murieron de poca edad á consecuencia de convulsiones. El tercero se volvió loco á los veintidós años, y murió idiota. El cuarto, después de tentativas de suicidio, cayó en el idiotismo más degradado. El quinto, irritable y misántropo, ha roto sus relaciones con toda su familia. Su hermana sufre un estado neuropático con predominio de los fenómenos histéricos y locura intermitente. El séptimo, obrero muy inteligente, pero de temperamento nervioso, emite e pontáneamente sobre su porvenir intelectual los pronósticos más desesperantes.

M. Trélat en su *Folie lucide* cuenta que una señora regular y económica, era presa de accesos de dipsomanía irresistible. Furiosa contra sí misma, se injuriaba, se llamaba miserable y borracha, mezclaba con su vino las sustancias más desagradables, pero en vano, la pasión era siempre más fuerte. La madre y el tío de esta mujer eran igualmente dipsómanos.

Morel ha referido la historia de una familia de los

Vosgos, en que el bisabuelo era dipsómano y murió de sus excesos; el abuelo, poseído de la misma pasión que su padre, murió maniático, tuvo un hijo mucho más sóbrio, pero atacado de hipocondría y de tendencias homicidas, que tuvo á su vez un hijo afectado de estupidez y de idiotismo. Así, en la primera generación, excesos alcohólicos; en la segunda, embriaguez hereditaria, en la tercera, tendencias hipocondriacas; en la cuarta, estupidez y extinción probable de la raza.

Por lo demás, hé aquí las conclusiones generales de este autor, uno de los que han estudiado mejor las degeneraciones. Crueldad precoz, pereza, necesidad de vagancia, idiotismo; esta sería la herencia ordinaria de los hijos de alcohólicos. La suspensión del desarrollo intelectual (suponiendo que haya comenzado) sería la regla después de la segunda infancia. Las genealogías de borrachos demuestran que las nueve décimas partes de los niños mueren antes de un año; los que llegan á la pubertad pueden con gran trabajo engendrar monstruos.

Recordemos finalmente que la estadística en América, ha mostrado que los hijos de alcohólicos están expuestos diez veces más que los demás á cometer crímenes ó delitos (1).

En cuanto á las pasiones que tienen su origen en la necesidad de comer, sería imposible citar hechos que estableciesen de una manera tan clara su herencia. La glotonería y la voracidad no producen de ordinario resultados tan deplorables como el alcoholismo. No es raro, sin embargo, encontrar familias en las cuales es hereditaria la voracidad. Esta observación se ha hecho con los Borbones. Saint-Simon, nos cuenta que Luis XIV, era de una voracidad extraordinaria; lo mismo ocurría con su hermano. Casi todos los hijos del rey fueron glotonos, y muy tragones y esta pasión se transmitió á sus descendientes.

(1) Despine, *De la Folie*, p. 461.

Un caso más curioso y comparable al alcoholismo por su carácter morboso, es el hecho de antropofagia citado por Gall, Lordat y Prosper Lucas. Una familia de Escocia había padecido de una inclinación instintiva por la antropofagia durante muchas generaciones: diversos miembros de esta familia habían pagado con su vida esta inclinación, y había sido preciso vigilar judicialmente á otros (1). Es probable que hijos de caníbales, criados en Europa, darían en medio de nuestra civilización, ejemplos de las mismas tendencias. Aunque no conozco ningún hecho de esta naturaleza, hay que confesar que el gusto de estos salvajes civilizados por la vida aventurera, su ineptitud para doblegarse á nuestras costumbres, de las cuales daremos muchos ejemplos más adelante (2), justifican un poco estas presunciones.

La geofagia que ha encontrado A. de Humboldt en todas las regiones tropicales, es un caso curioso de herencia morbosa. «Los hombres, dice este naturalista, tienen la rara costumbre, casi irresistible de comer tierra, una arcilla grasa, de olor fuerte. Con frecuencia hay que encerrar á los niños para impedir, después de una lluvia reciente, que salgan á comer tierra. En las orillas del Río-Madalena, Humboldt ha visto comer grandes pedazos de arcilla á mujeres ocupadas en la alfarería. En la misión de San-Barjo, vió al hijo de una india que, al decir de su madre, no quería comer casi nada más que tierra: por esto tenía el aspecto de un esqueleto. Los negros de la Guinea tienen la misma inclinación: comen una tierra amarillenta que llaman *caouac*; trasportados como esclavos á América, tratan de procurarse una semejante.

Sobre lo que se refiere al apetito sexual y á su transmisión hereditaria, hay apenas necesidad de insistir. Esta pasión está ligada con un órgano que depende de

(1) Lucas, I, 391 y 497.

(2) Véase la parte 3.ª, cap. II.

la ley de herencia. En apoyo de esto se ofrece una multitud de nombres de la historia: Augusto y las dos Julias, Agripina y Nerón, Marozie y Benito IX, Alejandro VI y sus hijos, Luisa de Saboya y Francisco I, etcétera. En todas las clases de la sociedad se pueden citar hechos análogos, y todo el mundo puede conocer familias en que esta disposición es hereditaria.

«Yo he conocido, dice P. Lucas, un hombre de una pasión desenfadada por el vino y las mujeres. Tuvo un hijo que, apenas adolescente, llevaba al extremo estos dos vicios. Quitó una querida á su padre, que nunca se lo perdonó, ni aun á su muerte. Este fué su comienzo; después se ha arruinado y se ha visto reducido á vender sus colchones para pagar á las mujeres públicas. El hijo de este hombre acaba de morir joven, pero incorregible de los mismos vicios que su padre y su abuelo.»

Este autor cuenta un hecho todavía más instructivo, porque excluye toda hipótesis de imitación. «Un cocinero de gran talento para su oficio, se ha visto en toda su vida, y hasta ahora mismo, arrastrado con frenesí hacia las mujeres. A esta pasión se ha agregado el gusto por la sodomía. Uno de sus hijos naturales, que vive separado de él, *que no le conoce* y que todavía no tiene diez y nueve años cumplidos, ha presentado, casi desde la infancia, todas las señales de un erotismo lúbrico, y, cosa notable, tiene como su padre el gusto de dirigirse indiferentemente á uno y otro sexo (1).»

III

Si se pasa de las inclinaciones que son puramente físicas, á lo menos en su origen, á pasiones de orden más complejo y que son—ó más bien que parecen—in-

(1) P. Lucas, I, 479

dependientes del organismo, como el juego, la avaricia, el robo, el homicidio, encontraremos que están igualmente sometidas á la ley de la herencia.

La pasión del juego alcanza frecuentemente tal grado de furor, que es una forma de la locura y transmisible como ella. «Una señora que he tratado yo, y que gozaba de una gran fortuna, dice Gama Machado, tenía la pasión del juego y se pasaba noches enteras jugando: murió joven de una enfermedad pulmonar. Su hijo mayor, que se le parecía completamente, apasionado lo mismo por el juego, pasaba igualmente sus noches jugando. Murió de consunción como su madre y casi á la misma edad que ella. Su hija, que se le parecía, heredó los mismos gustos y murió joven (1).»

La pasión del dinero produce las mismas consecuencias. «Yo he observado, dice el doctor Mandsley (2) en su *Pathology of Mind*, que cuando un hombre ha trabajado mucho para llegar de la pobreza á la riqueza y para establecer sólidamente á su familia, resulta en los descendientes una degeneración física y mental que produce á veces la extinción de la familia á la tercera ó cuarta generación. Cuando esto no se verifica, siempre queda una malicia y una duplicidad instintivas, un extraordinario egoísmo, una ausencia de verdaderas ideas morales. Cualquiera que sea la opinión de otros observadores experimentados, no dejaré de sostener que la extraordinaria pasión por la riqueza, absorbiendo todas las fuerzas de la vida, predispone á una decadencia moral, ó intelectual y moral á la vez.»

La herencia de la inclinación al robo está tan generalmente admitida, que es supérfluo amontonar aquí hechos, que abundan tanto en los periódicos judiciales. Sólo citaremos uno, pero decisivo, tomado de la *Psychologie naturelle* del doctor Despine: es el cuadro de la familia Chrétien.

(1) Da Gama, Machado, p. 142.

(2) Maudsley, *loc. cit.*, p. 234.